

# OBRAS DESCONOCIDAS

DE

## RUBEN DARIO

ESCRITAS EN CHILE Y NO RECOPIADAS  
EN NINGUNO DE SUS LIBROS.



Edición recogida por

**Raúl Silva Castro**

y precedida de un estudio.



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD  
DE CHILE

1934

a un copista o imaginero de los tiempos medievales por sus fantaseos de pluma y sus letras floridas y caprichosas.

Predomina el carácter francés en la escritura. La ortografía es irreprochable.

Aquí los nombres de María Rosa Baltra, Teresa Cifuentes, Hortensia Meza, Clarisa Grez, Enriqueta Vera, Genoveva Ibarra y Adela Vargas.

Pero sobre todas Marta Ducaud, que hace con la pluma verdaderos arabescos, espléndidas muestras de caligrafía.

---

Salimos de aquel recinto considerando cómo las buenas madres, pacientes y dulces, aleccionan las tiernas inteligencias y los corazones, y sintiendo el suave ruido de los laboriosos enjambres y el fresco olor de las flores del jardín, por donde huelga, en horas de recreo, un lindo ramillete de flores vivas.

RUBÉN DARÍO.

En *La Época*, Santiago, 23 de Diciembre de 1886.

## APUNTACIONES LITERARIAS

### *Penumbbras* (Poesías de Narciso Tondreau)

Un *étrenne* digno y mucho de llamar la atención de los amigos de la buena lectura nos ha dado en este mes la imprenta Cervantes: las *Penumbbras* de Narciso Tondreau. Poeta a todas veras, Tondreau ha dejado en su libro sus más espontáneas y frescas inspiraciones. Hay que leerle en voz alta, y si su excelente padrino Rodríguez Velasco guía

a la discreta lectora por bosques y ribazos, es mejor. ¡Un gran poeta conduciendo a la morada de la nueva musa!

Siéntese, al leer una estrofa de Tondreau, necesidad de respirar a pulmones llenos el olor a ramaje, el saludable efluvio de las tupidas montañas, que ensancha el espíritu y da una inmensa sed de vida.

Tondreau es, sobre todo, un verdadero *forestier*.

A la selva, a la campaña nos lleva el bravo poeta; allí, a oír el himno de las cascadas, el ruido de los grandes árboles, liras del viento; a cortar flores silvestres junto a la roca, junto al torrente; a saciarnos con los estremecimientos, con los vagidos de la naturaleza, la gran voluptuosa; a ver en un arroyo las blancas espaldas de una ninfa de desflocados y vaporosos cabellos; a saludar con un cántico a la salvaje floresta, en su grandioso templo.

Hace recordar a André Theuriet, el cantor de la *Prière dans les Bois*:

.....  
 Tandis que je rêvais sous les arbres touffus,  
 le couchant s'éteignait, l'ombre tombait plus ample,  
 les hêtres y noyaient la pâleur de leurs fûts  
 et la grande forêt paraissait comme un temple.

Otra de las particularidades que distinguen a Tondreau es el sentimiento. Canta con una dulce franqueza todo lo que ha sufrido, y de modo tal, que de seguro hallará simpatías en los buenos corazones que lo comprendan. A Emelina, una hermana muerta, ha dedicado sus más sentidos versos, unos romances tristes, que hacen pensar en ese bello ángel difunto que nos retrata el poeta.

A propósito de sus romances, diremos que es un romancista completo. Las mejores composiciones del libro están escritas en estrofas asonantadas, de esas que parecen hechas a cincel en un trozo de alabastro; collar de bruñidas cuentas, engarzadas con arte plausible y exquisito.

Mucho tiene, en esa clase de estrofas, de Gregorio Gutiérrez González, el egregio colombiano.

Es el romance de tales condiciones métricas que se aviene perfectamente con la expresión de cierto subjetivismo harto encantador. En romance admirable lloró Juan Clemente Zenea la muerte de Fidelia. En memoria de Emelina bien está que Tondreau haya escrito sus más lindos romances.

Tiene nuestro brillante joven el don de describir bien cuando contempla la naturaleza, y admira las maravillosas hermosuras que en ésta se hallan. Diríase un pintor que poetiza paisajes con la pluma. Prueba de ello *Yungas*, *Noche en la choza*, *Cielo sin nubes*, *El suicida* y sobre todo su poemita *Emelina*. Sus selvas, sus nubes, sus nieves cantan como los pinos y las viñas de Jean Aicard.

Es un poeta tropical; su poesía hierve. Hay que apurarla a grandes sorbos en la copa fina y burilada de sus versos. A las veces rudo, agitado en la expresión de los afectos; en otras no quiere inmensas nubes, ni torbellinos ni truenos: pide tan solo

horizontes diáfanos, un rayo  
de luz azul que poetice el cielo;  
un mar que cante, un bosque donde se oiga  
el trino de la alondra y del jilguero.

Las expansiones del espíritu, la canción en pleno aire, bajo el cielo tranquilo, eso, le da a manojos los endecasílabos vibrantes como láminas de oro.

---

Siguiendo mis instintos viejos, mis inclinaciones clásicas, me detengo en tres traducciones de Horacio con que engalana su libro el nuevo poeta. Todas tres son joyas del volumen y están escritas con corrección y apego a los clásicos preceptos. Es la mejor de todas (a mi humilde entender) la que ha hecho de la oda XXXI del libro I, *Quid*

*dedicatum poscit Apollinem*. Las otras dos son la I del libro II, *Motum ex-Metello Consule civicum*, y la XXIII del I, *Vitas hianuleo me similis Chloe*.

Muy digno de aplauso es quien como Narciso Tondreau, aun siguiendo la corriente de la poesía contemporánea, dedica horas de trabajo mental al estudio de maestros como aquel antiguo

por quien los áureos venusinos metros  
en copioso raudal se precipitan  
al ancho mar de Píndaro y de Safo.

Mucho hay también merecedor de loa en quien procura y consigue dar a sus obras el lustre que distingue a aquellas que en castizo lenguaje son escritas; tanto más que en este tiempo vese como asunto de poco interés lo que se relaciona con el buen uso del idioma, desgraciadamente por muchos tan descoyuntado y maltrecho. La moda francesa invadiendo la literatura ha hecho que la lengua castellana se convierta en una jerga incomprensible. La tendencia generalizada es la imitación de escritores y poetas franceses. Puesto que muchos hay dignos de ser imitados, por razones de escuela y de sentido estético, sígaseles en cuanto al sujeto y lo que se relaciona con los vuelos de la fantasía, pero hágase el traje de las ideas con el rico material del español idioma, adunando la brillantéz del pensamiento con la hermosura de la palabra.

¿No lo ha comprendido así el insigne Núñez de Arce, imitando a François Coppée en su precioso poema de *La Pesca*? Mas tan grande es el brillo de la forma que los rasgos del autor francés desaparecen envueltos en la pedrería de las estrofas, en la magnífica expresión del vate hispano, oro purísimo que aquilata un profundo conocimiento de la patria lengua.

---

Ya que he dicho lo que me agrada del nuevo libro, diré lo que me desplace, con la franqueza que abona mi

admiración al autor y mi apego y cariño a cuanto se relaciona con las buenas letras.

Hay en las poesías de Tondreau cierto egotismo que una crítica dicaz calificaría de profuso, siendo a mi modo de apreciar, nada más que sincero.

En todas sus composiciones, aun en aquellas que lo que más tienen es de descriptivas, aparece el poeta. Bien entiendo que la pintura de las emociones a ello le obliga, y sobre todo el estado psicológico de su alma, que a través de sus versos se refleja. La mayor parte de éstos (pudiera decir todos) son verdaderos desahogos.

En una introducción o dedicatoria a su madre, dice él estas palabras, refiriéndose a sus versos:

Si Ud. las lee, encontrará en ellos muchas melancolías, una que otra lágrima, gritos de duda, de escepticismo a veces, acento de alegría de cuando en cuando, su poquillo de fantasía y muchas palabras que no son más que palabras, porque nada significan ni tocan el corazón ni llegan a la mente.

Difícil me sería dar con lo que Tondreau llama en sus versos «palabras que no son más que palabras, porque nada significan, ni tocan el corazón ni llegan a la mente». De seguro que no son las expansiones de su corazón, sus versos íntimos; de cierto que no se refiere a sus cantos patrióticos, entre los cuales su oda *A José Miguel Carrera* es una buena obra. Yo creo, y con sentimiento, que Tondreau trata de sus pequeñas composiciones, como *Lo que va de ayer a hoy*, que, en realidad de verdad, es de las que más han halagado mis aficiones literarias en el volumen en que me ocupo:

Tendida estaba en el jardín la estatua,  
sin brazos ni cabeza;  
y por su talle se enredaba en círculos  
un cinturón de hiedra.  
El pedestal poblaban los lagartos,  
los grillos, las abejas,  
y del vetusto mármol las heridas  
de moho estaban llenas.

¡Y era aquélla la Venus que brotara  
 de una mano maestra  
 que a golpe de cincel dió forma y vida  
 a la bullente idea?  
 ¡Cómo cambia la hoz de las edades  
 cuanto a su alcance encuentra!  
 Ayer la carne palpitando en mármol;  
 hoy ¡un montón de piedra!

¡Aquí lo que deseaba! Aquí la unión de esa idea digna de Leconte de Lisle, con esos versos hermosos, bruñidos, escultóricos.

Francamente, gozo mil veces más con esas cortas estrofas que con los inútiles *caprichos* que la musa de las horas extravagantes ha hecho escribir a mi estimado poeta. Sí, ese *capricho*, estudio en metros cortos, al que Tondreau lamentablemente dió cabida en su libro, no debe de estar junto a sus romances y sus poemitas «que no tocan al corazón ni llegan a la mente».

Su leyenda *El suicida* que, como versificación es merecedora de elogio, por su argumento es pobre y por su desarrollo desmayada. ¡Ah, si Tondreau nos hubiera dado romances!

Más o menos se comprenden sus tendencias literarias. Ese notabilísimo cincelador no es para los engarces de una trama complicada. Al menos, de las del género a que se aficiona, a aquellas leyendas de viejo cuño, a las cuales no le aconsejaría dedicar ni uno solo de sus felices momentos de inspiración.

Que nos dé cantos de esos en que se acompaña con su lira nueva, flamante, armoniosa. Y empleo el usado símil del instrumento de cuerda a pesar de los modernos enemigos de las arpas y liras clásicas. Que los hay, ¡oh Fabio.

Dénos amargura, sentimientos profundos, llanto y pena, pues su idiosincrasia, por decirlo así, le coloca en el número de los poetas tristes; pero dénos todo eso con el lustre de metal recién vaciado y pulido; vaciado en el consagrado molde del precepto; pulido con el rico y poderoso arte nuevo, propicio a los espíritus jóvenes que bus-

can ese aire donde respiran los fuertes pechos y donde se vuela con alas de águila y a distancias inconcebibles.

Bajar a observaciones tales como la de indicar versos duros o fuera de lugar, en composiciones cuyo valor intrínseco las aleja de pequeñas críticas, sería como censurar las monorrimas del maestro Zorrilla o los hiatos de Joaquín María Bartrina.

De todas maneras, debiendo ya concluir este artículo, diré que la publicación de las *Penumbras* me ha llenado de verdadero placer, puesto que el autor de ellas puede gloriarse de ser entre los poetas chilenos contemporáneos digno de toda estima y de todo aplauso.

RUBÉN DARÍO.

En *La Época*, Santiago, 14 de Enero de 1887.

## EN EL ALBUM DE PEDRO NOLASCO PRENDEZ

### I

Ante el tribunal divino  
de Apolo, el crinado y fuerte,  
poco después de su muerte  
llegó Andrade, el argentino.  
Y entre las Musas y Gracias  
en aquel supremo día,  
con el néctar y ambrosía,  
sin andar con diplomacias,  
en tan buena proporción  
engulleron y libaron  
que a la postre se alegraron,  
y aquí su conversación:  
—¿Y cómo anda por tu tierra,  
por tu tierra americana,